

—Ola!—observó con aspereza doña Manue
¿con que te parecen una maravilla? ¿qué apostamos á que de veras estás enamorado de Luisa?

—Mujer,—contestó pacíficamente don Pascual.
—hago un elojo que á cada instante hace todo el mundo; pero tú en todos pretendes ver negros con tranchetes.

—Pues por si acaso,—contestó doña Manuela,
—mira bien lo que haces, no sea que el mejor día meta yo tijera á esa maravilla.

—Dios te libre de ello—exclamó con positivo enfado don Pascual.

—Ola! ola! serias capaz de matarme?

—No, mujer, no: no digas disparates.

—Entònces ¿qué me harías?

—Yo lo se.

—Pero yo no; así es que espero me saques de la curiosidad.

—Déjame en paz, mujer, dejame en paz!

—Te digo que tengo ganas de saberlo.

—Y yo que no me acomoda decirte.

—Sí, eh? pues verás como si no lo dices, yo te obligo á cumplir tu amenaza.

Y diciendo esto, doña Manuela, perdido todo respeto aun á sí misma, tomó unas tijeras y se abalanzó con ellas sobre su hermana.

D. Pascual ya no quiso sufrir mas y tomando de un brazo á su mujer la obligó á soltar las tijeras.

Doña Luisa sin inmutarse ante el giro de aquella escena reía á carcajadas.

Doña Manuela miraba mientas tanto con ojos de leona herida al desventurado de don Pascual. Algo muy malo, algo muy grave meditaba en aquellos momentos.

Triste situacion era aquella á que se veia reducida una familia por mil títulos apreciable.

Y todo por qué?

Por no haber á tiempo reprimido doña Manuela sus inclinaciones á una inocente coquetería.

Porque es el caso que todos estos personajes eran buenas y honradas personas incapaces de una mala accion.

Allí no habia habido mas que un solo criminal; don Carlos el primo de don Pascual.

Lo demas lo habia hecho la pícara coquetería

Algunos dias despues de estos sucesos sípose con sorpresa en el extenso círculo de las amistades de don Pascual que doña Luisa habia tenido un fuerte disgusto con su hermana, á consecuencia del cual habia salido para Veracruz y embarcándose allí para España.

De nadié se despidió, á nadie quiso ver y ni aún á don Carlos, que casualmente se hallaba fuera de México, comunicó su partida.

Ocho dias mas tarde, don Pascual se presentó á la autoridad en un estado de horrible agitacion.

Doña Manuela habia desaparecido de su casa sin dejar rastro alguno que permitiera sospechar á donde se habia dirijido.

Cuantas pesquisas se hicieron resultaron enteramente infructuosas.

Por medio de un exhorto, el Juez de Guadajua- to donde se hallaba don Carlos puso á éste en prision, pero nada, absolutamente nada resultó en su contra.

Doña Manuela no habia ido á Guanajuato.

En todo esto se pasó mas de un mes.

Al cabo de él, pocas personas hacian de vez en cuando alguna referencia á lo sucedido en casa de don Pascual.

Pasó otro, y nadie se acordó de ello, ni mucho ni poco.

Soló el desventurado marido no volvió á recobrar la calma.

A cada instante y especialmente en las noches le acometian uua especie de raptos de locura y durante los accesos parecia poseido de un pánico temor y pronunciaba palabras ininteligibles.

Los jueces llegaron á sospechar que doña Manuela pudiera haber sido víctima de un crimen y su marido el criminal

Se renovaron las diligencias pero de ellas solo resultó la inocencia de don Pascual.

Los accesos fueron siendo cada vez menos fuertes pero nunca llegaron á desaparecer por completo.

Los negocios de la casa, abandonados durante algun tiempo, tomaron de nuevo su curso, y la fortuna continuó vertiendo sus favores sobre don Pascual.

La gran fábrica de jabon entrò á su vez en movimiento.

La pieza destinada á la famosa pañade la ee-

fanta, habia permanecido cerrada varios meses-cargada de despojos animales.

El mismo don Pascual quiso abrir la puerta por su propia mano.

La pestilencia era horrible y á causa de ella no quiso que ninguno de sus operarios se perjudicase permaneciendo allí y él tomó á su cargo el remover la leña por mas que se le hizo observar el riesgo que corria.

—Nada me importa,—contestó:—la vida me es insoportable: soy demasiado buen cristiano para quitármela violentamente: pero si Dios dispusiera que por entrar en la pieza de la gran *paila* mi vida concluyera, mucho agradecería el favor á su Divina Majestad.

D. Pascual mandó cargar de leña los hornos que bien pronto parecieron bocas del infierno, y cuando el pestilente líquido comenzó á hervir el amo entró á cumplir su cometido de remover las apestosas grasas.

Cuando se juzgó completa la coción se abrieron las llaves de bronce y se llenaron los moldes.

Era casi de noche y á pesar de ello don Pascual no quiso que se llevaran luces.

Extraídas las grasas, don Pascual examinó con escrupulosidad los residuos, y no hallando en ellos cosa que llamase su atencion los hizo extraer del fondo de la *paila* y arrojarlos en los hornos y é

mismo presenció su combustion hasta verlos reducidos por completo á impalpables cenizas.

Esta operacion duró hasta muy cerca de la madrugada.

No habria hablado de ella si no fuese por un incidente que impresionó mucho á don Pascual.

Uno de los operarios al arrojar en los hornos los residuos extrajo de entre ellos unas tijeras que presentó á su amo quien se puso horriblemente pálido y lanzó un grito espantoso.

Los operarios creyeron que iba á acometerle uno de sus habituales accesos de demencia y se asustaron en extremo: pero don Pascual pudo sobreponerse á su dolorosa enfermedad y el acceso pasó sin consecuencia.

Pero una vez concluida la operacion y vuelto don Pascual á su habitacion, el acceso se presentó de nuevo y fué uno de los mas largos y peligrosos que le acometieron.

Al retirarse los operarios, uno de ellos dijo á sus camaradas:

—Fatal ha puesto al amo la desaparicion de doña Manuela; ántes era hombre que no se hubiera asustado de un cañon y ahora, como si fuese una niña, le asusta la vista de unas tijeras. Creo que el amo durará poco, pues ó muere en una de éstas ó necesitamos llevarlo á San Hipólito.

VII

Contra las presunciones de sus operarios, don Pascual fué mejorando de dia en dia y aun se cree que llegó á olvidarse de su mujer que tan misteriosamente habíale abandonado.

Su carácter fué mejorándose paulatinamente y fastidiado con su soledad y aislamiento, depuso sus viejos rencores contra su primo don Carlos, que permanecía en Guanajuato, y le escribió llamándole á su lado indicándole que pues no tenia hijos él podria ser su heredero.

D. Carlos le contestó aceptando su invitacion y entre sus cartas hubo una que por su importancia reproduzco aquí.

Decia así:

"Mi querido Pascual: Por mas que tus cartas me han demostrado cuánto necesitas en tu soledad del único pariente próximo que te queda,

y por mas que yo deseo complacerte, no me ha sido posible, aunque he puesto en ello todo mi empeño, realizar en buenas condiciones los cortos restos que aquí conservo de mi antiguo capital.

"Aunque tú me repites en todas las tuyas que tu propia fortuna sobra para hacerme rico sin quedar tú pobre, no he juzgado oportuno mal vender lo que aun tengo, que aunque, repito, es poco, no merece, sin embargo, ser visto con desprecio.

"Ahora la situacion ha variado y estoy en visperas de poder acceder á tus deseos trasladándome á tu lado, pues se me ofrece comprador para mis propiedades.

"Me anima tanto mas á venderlas el giro que segun parece van á tomar los asuntos públicos con la llegada al país del español don Francisco Javier Mina: estoy seguro de que yo sé de este asunto, muchos pormenores que tú ignoras y voy á enumerártelos, seguro de que en saberlos encontrarás distraccion á tus penas.

"Este don Francisco Mina es hijo de un propietario de Monreal, de la provincia española de Navarra, y nació en el mes de Diciembre de 1789, de modo que cuenta de edad unos veintisiete años.

"Apesar de su corta edad es hombre que ha llenado con la fama de su arrojo y valor la comarca en que nació.

"Dedicábase en Salamanca á la carrera del foro cuando tuvo principio la invasion de España por los franceses y haciendo á un lado los libros se alistó con fervor patriótico en el ejército del Norte; desbaratado este por el enemigo, Mina volvió á Navarra, cuyas fragosas montañas conocia palmo á palmo, efecto de su diversion favorita, que es la de la caza: en ellas invitó á doce jóvenes camaradas á formar una guerrilla con que molestar al enemigo, caer sobre él cuando auduviese en pequeñas partidas, é interceptar sus convoyes y hacerles cuanto daño estuviera al alcance de sus fuerzas.

El éxito fué inmejorable desde luego, pues siguiendo el ejemplo de Mina otros muchos jóvenes insurreccionaron la Navarra que poblada quedó de aquellos célebres guerrilleros que acababan con los ejércitos franceses sin que estos pudieran jamás llamarlos á una batalla en forma.

"Tanto llegó á señalarse, que la Junta central le nombró coronel y la de Zaragoza comandante en jefe de Aragon, á pesar de que por su edad era entonces casi un niño.

"La fatalidad, que muchas veces no respeta ni la justicia de una causa ni el patriotismo con que se defiende, hizo que Mina cayera en una accion prisionero de los franceses, quienes admirados de su valor y de su juventud no quisieron fusilarle

como á otros tantos jefes españoles, y e envia ron preso á Francia, encerrándole en el castillo de Vincennes.

"Allí supo hacerse simpático á sus mismos carceleros y nada ménos que el general Lahorie tomó á su cargo dar al prisionero una completa instruccion militar enseñándole por sí mismo las matemáticas y las ciencias de la guerra. D. Javier hizo en ellas progresos asombrosos, en tanto que su tío don Francisco Espoz y Mina, sucediéndole en el mando de Navarra, elevó á su mayor grado la fama de la guerra de guerrilleros iniciada por él.

"Concluida la guerra en Francia Mina regresó á España; pero no queriendo sufrir el restablecimiento del régimen absolutista planteado por Fernando Sétimo, combinó con su tío una conjuracion que abortó no habiendo sido aun madurada y obligó á emigrar á sus autores.

"Mina pasó á Inglaterra, cuyo gobierno atendiendo á su relevante mérito le asignó una cuantiosa pension.

"Allí conoció y trató á muchos mexicanos y entre ellos y sobre todos al doctor don Servando Teresa Mier, quien le indujo á trasladarse á América y luchar por su independencia.

"Aceptado el plan por el joven navarro los comerciantes pusieron á su disposicion adundantes recursos; con ellos compró un buque y acompaña-

do de varios amigos de su confianza dejó las costas de Inglaterra á fines de Mayo de 1816 y se dirigió á las de los Estados Unidos.

“Ya en ellas dos oficiales de los varios que le habian acompañado le delataron al Ministro de España quien solicitó del gobierno de la República impidiera la salida de la expedicion, pero no pudo conseguirlo y el nuevo insurgente reclutó un buen número de aventureros y se hizo de armas y pertrechos en abundancia y salió al mar haciéndose á la vela en Baltimore el 27 de Setiembre.

“Vencidos una multitud de accidentes que á los buques ocurrieron en la navegacion, Mina arribó el 24 de Noviembre á la isla de San Luis ó Galveston en el Golfo de México, y allí esperó los avisos que habia de darle el doctor Mier; parece que éste, amedrentado por las tempestades que su goleta sufrió, tomó de nuevo rumbo á Nueva Orleans, de donde habia salido; pero el capitán de la goleta informó á Mina de que el puerto de Boquilla de Piedras que suponian en poder de Victoria, habia sido tomado por los realistas, lo mismo que el de Nautla: esto le obligó á cambiar de plan y el 15 de Abril de 1817 la gente de Mina desembarcó en la embocadura del rio Santander, distante unas diez y ocho leguas de la villa de Soto la Marina. En ella entró el 22 el nuevo paladin insurgente sin encontrar resis-

tencia alguna, pues su comandante, el teniente coronel Don Felipe de la Garza, la abandonó al aproximarse Mina, invitando á los principales vecinos á hacer otro tanto, asegurándoles que las gentes que acababan de desembarcar eran herejes y excomulgados, con los cuales no podian tratar cristianos sin grave perjuicio de sus almas. Otro tanto dijo y á otro tanto invitó á los vecinos de Santander, y Mina pudo recorrer sin obstáculo toda la comarca, conquistando la voluntad general, conquista que se tradujo en la adquisicion de mas de doscientos mexicanos que voluntariamente se sometieron á su mando y direccion.

“Gran parte de los extranjeros reclutados por Mina en los Estados Unidos los trajo á bordo de sus buques el comodoro Aury, nombrado por Herrera gobernador de Texas, y el resto vino en los nombrados “Congreso Mexicano,” “Cleopatra,” “Neptuno,” y “Elena Tooker,” fletados por Mina; del primero se deshizo vendiéndolo á Aury, y los tres restantes quedaron en la boca del rio Santander cuya barra y estructura no permitieron que pasaran adelante.

“Contra esta flotilla salieron de Veracruz el 14 de Marzo la fragata de guerra “Sabina,” de la real marina española, y las goletas “Belona” y “Proserpina,” al mando del Brigadier Don Francisco Beranger.

“En cuanto la “Elena Tooker” apercibió la bandera real de la “Sabina,” levó el ancla, y aprovechando un buen viento escapó de su alcance, y las escasas tripulaciones de la “Cleopatra” y el “Neptuno,” que eran buques viejos y pesados, ganaron en las lanchas la tierra, dejando en ellos por único habitante un gato que se resistió á salir.

“Esto lo ignoraba Beranger, y así fué que al aproximarse á ellos rompió un vivo fuego de cañon, y notando que nadie le contestaba, botó las lanchas y abordó los solitarios buques y les prendió fuego juzgándolos inservibles.

“Esta ridícula *batalla* naval ha sido celebrada en México, segun me avisan mis corresponsales, como si la de Lepanto hubiera sido, y aun me noticián que en vista del pomposo parte de Beranger, el virey ha concedido á los soldados un escudo que llevarán en el brazo derecho, representando un mar, con esté epígrafe: “Al importante servicio en Soto la Marina.”

“Mis noticias son que Don Francisco Javier ha mandado construir un fuerte regularmente defendido al Oriente de la villa y á la márgen del rio, y que en esta obra se emplearon todos los expedicionarios, dando ejemplo el mismo Mina.

“Tiene este fuerte una guarnicion de cien hombres al mando del mayor Don José Sardá, espa-

ñol de Cataluña, y segun aquí se dice Mina se ha puesto en movimiento con la siguiente fuerza:

General con su Estado Mayor . . .	11
Guardia de honor al mando del coronel Young	31
Caballería, húsares y dragones al mando de Mayllefer	124
Regimiento de infantería de la Union al mando de Sterling. . .	56
Primero de línea al mando de Travino	64
Artillería	5
Criados armados	12
Ordenanzas.	5
Total	308 hombres

“Tales son las fuerzas con que segun dicen cuenta este arrojado Don Francisco Javier Mina, sin añadir ni quitar un solo hombre.

“Esto no obstante, por aquí hay grande alarma y temiendo que ella pueda perjudicarme, me he resuelto á vender, como al principio te digo, mis propiedades, cuya venta me facilitará, querido Pascual, trasladarme à tu lado para acompañarte y consolarte y procurar tu bien, objeto que sinceramente desea conseguir tu primo hermano que muy deveras te quiere.—*Cárlos Gayangos.*”

VIII.

Pero por mas reducidas que fuesen sus fuerzas, aquel grande y jóven guerrero no desmayó, porque era imposible que desmayase quien niño aún y con solo doce amigos supo vencer y tener valor para combatir á los aguerridos y épicos ejércitos del dominador de Europa, el gran Napoleon.

Así lo pensó tambien el Virey Apodaca, hecho á su vez á combatir como bueno por su patria, y dominada como lo estaba la revolucion en casi todo el territorio de la Nueva España, pudo disponer de fuerzas numerosas que dirigir contra Mina.

Este no podia ser en Nueva España, cuyo terreno le era completamente desconocido, tan temible como en Navarra, cuyo plano, aun en sus menores accidentes pudiera haber dibujado de me-

moria y con ello contaba Apodaca para destruirlo; á este fin se encaminaron sus esfuerzos y sus planes, basados sobre todo en la celeridad de las operaciones militares, pues no ignoraba que Mina, habia de proceder con no ménos actividad.

Burlando la vigilancia de Don Felipe de la Garza, y con propósito de ponerse en comunicacion cuanto ántes con los jefes insurgentes criollos, se dirijió el pequeño ejército de Mina al Sur de la península del Nuevo Santander, Estado hoy de Tamaulipas.

En la Hacienda del Cojo hizose de setecientos excelentes caballos que su dueño Don Cayetano Quintana destinaba á los realistas, y aunque muchos hubieron de extraviarse en la oscuridad de la noche, le quedaron los suficientes para montar bien su caballería, que tomó á la grupa á los infantes, con el fin de violentar las marchas.

El 8 de Junio de 1817, Mina libró su primera batalla en tierra americana, derrotando completamente al realista Don Cristóbal Villaseñor en las inmediaciones del pueblo de Valle del Matz.

El coronel Don Benito Armiñan, al frente de una poderosa division se adelantó á marchas forzadas sobre Mina, quien, no entrando por entonces en sus planes aceptar nuevas batallas, salió de Valle del Matz con dirección al Bajío.

El 14 de Junio se alojó con sus escasas fuerzas

en la Hacienda de Peotillos, de la propiedad de los frailes Carmelitas, á catorce leguas de San Luis Potosí.

Armiñan le siguió sin darse lugar de reposo, con tanto mayor motivo, cuanto que contando con dos mil hombres, mil cien de caballería, seiscientos infantes y trescientos de reserva, supo que el enemigo solo disponia de unos trescientos combatientes.

Estas noticias las tuvo Armiñan por dos heridos, soldados de Mina, que habian quedado curándose en Valle del Maíz y á los cuales hizo fusilar sin compasion alguna en cuanto se convenció de que ningun otro informe tenian que darle.

El día 15 Mina avistó á los realistas, y saliendo inmediatamente de la Hacienda con solo ciento setenta y dos hombres, formó su línea de batalla, y la accion dió principio con mal éxito para los insurgentes; pero el valeroso jóven navarro no se desconcertó, y arengando á su puñado de valientes como él sabia hacerlo, formó un cuadro cerrado y avanzó sobre la caballería enemiga que no pudo resistirle, y entró en desorden tal, que todo el ejército realista se desbandó y dió á huir con tal prisa, que como dice un historiador, el teniente coronel Piedras, comandante de la caballería arrebatado por el torrente no paró hasta Rio Verde, y no se supo de él en muchos

días; Rafols, otro de los jefes, hizo que un corneta le tomase en ancas, y Armiñan, que huyó como todos los demás, se retiró hasta San José, situando en una estrechura que formaba el camino un destacamento de caballería de Sierra Gorda para contener á los fugitivos; mas estos venian tan llenos de temor, que se clavaban ellos mismos en las lanzas de los soldados.

Mina perdió en esta accion entre muertos y heridos cincuenta y seis hombres de los ciento ochenta y dos con que entró en batalla: Armiñan perdió mas de cuatrocientos, y no obstante quiso hacerse pasar como victorioso en el parte que dió á Apodaca, parte célebre porque no sabiendo ya qué decir para ocultar su derrota lo terminó con estas palabras: "*no hay mas papel.*"

Como no habria sido prudente aguardar á que Armiñan se rehiciese, Mina salió de Peotillos y en la Hedionda el cura le recibió con repiques á la vez que contando el reducido número de los soldados dió aviso de ello al comandante de San Luis. En la hacienda del Espíritu Santo entró sin resistencia alguna, pues sus defensores habian huido y sólo encontró mujeres que salieron á recibirle en procesion llevando en andas una imagen de la Virgen. Al anochecer del mismo día llegó al Real de Pinos é intimó la rendicion al subdelegado López Portillo encargado de su defensa; pe-

ro éste contestó con altivez y Mina se preparaba á tomar la poblacion por asalto al siguiente dia, cuando algunos de sus soldados escalando unas azoteas se introdujeron durante la noche en la plaza, sorprendieron á los realistas y se hicieron dueños del Real.

Ya en las llanuras de la provincia de Zacatecas y despues de tres dias de fatigosa marcha en que los expedicionarios padecieron hambre y sed, una partida de caballeria insurgente, tomándolos por realistas al verlos bien uniformados y armados, hizo fuego sobre ellos y comenzó tan rícidamente á batirlos que grandes dificultades tuvieron para atraerla á parlamento: una vez este logrado, Mina supo con gran satisfaccion que á nueve leguas de allí se encontraba el Fuerte del Sombrero ó de Comanja mandado por don Pedro Moreno jefe de las fuerzas encargadas de aquel rumbo.

Hallábase ya pues en territorio insurgente despues de haber andado en treinta dias doscientas veinte leguas en país ocupado por los realistas, á los cuales habia vencido en dos reñidas acciones luchando en una de ellas, la de Peotillos, con fuerzas diez tantos superiores á las suyas.

D. Pedro Moreno recibió á Mina con grandes demostraciones de afecto y de admiracion, bien justificada por cierto, pues el valiente y generoso aliado no habia tenido hasta entónces número de

hombres superior à trescientos y sólo con doscientos sesenta y nueve entró en el fuerte en la madrugada del 24 de Junio.

La reunion de Mina con los insurgentes no podia ser vista con indiferencia por los realistas y todos sus esfuerzos se concentraron en el propósito de derrotarle ó inutilizarle ántes de que prosiguiese su marcha hácia el foco de la insurreccion.

Ordoñez, comandante general de Guanajuato, y Castañon con sus tropas volantes, marcharon con direccion al fuerte del Sombrero al frente de unos ochocientos hombres escogidos.

No faltaron quienes diesen aviso de ello á Mina, y buscando no sólo el demostrar á los insurgentes que era digno del aprecio con que le habian recibido, sino desconcertar à los realistas con las pruebas de su arrojo, salió al encuentro de Ordoñez con doscientos de los suyos, poco mas de ciento de don Pedro Moreno, quien tambien quiso acompañarle, y un destacamento en mal estado de armamento y disciplina, de que era jefe Encarnacion Ortiz, llamado el Pachon.

En las inmediaciones de la hacienda de San Juan de los Llanos, à once leguas de San Felipe, avistáronse las fuerzas de Mina y Ordoñez; y tomadas por una y otra parte las oportunas disposiciones, la batalla comenzó haciendo Ordoñez

una descarga cerrada que por poco da muerte á Mina, quien por milagro salvó de ella, pues algunas balas atravesaron su uniforme é hirieron ligeramente á su caballo.

Sin duda aquello enardeció mas y mas el valor de Mina, y sus disposiciones fueron tan acertadas y el vigor del ataque tal, que en pocos momentos el coronel Young á la bayoneta, el mayor Mayllef con la caballería, y Ortiz, el Pachon, con sus lanceros, dieron al traste con los realistas, que en sólo ocho minutos que duró la accion fueron completamente derrotados.

Muertos quedaron en el campo de batalla los dos jefes realistas Ordoñez y Castañon y trescientos treinta y nueve soldados: se les hicieron doscientos veinte prisioneros, y se les tomaron dos cañones, quinientos fusiles, y gran cantidad de vestuario y municiones de toda especie.

Mina tuvo sólo ocho muertos y nueve heridos; pero entre los primeros estuvo el mayor Mayllef, jefe de los húsares y dragones, suizo de nacimiento, que se habia distinguido en primera línea combatiendo en la Francia del 93 contra los ejércitos extranjeros enemigos de la República. Mina, que sabia bien lo que aquel hombre valía, deploró su muerte como una de las mayores desgracias que pudieran haberle acontecido.

Esta accion tuvo lugar el 29 de Junio de 1817

y hubo de notable en ella, á mas de lo que dejo dicho, que, efecto de la celeridad de Mina en el ataque, el enemigo no tuvo tiempo de abrir sus cajones de metralla y teniendo á mano buenas talegas de pesos duros cargó con ellos los cañones, lujo y suceso seguramente sin precedente y que quizá no volverá á repetirse.

En el fuerte del Sombrero, en la residencia de la Junta de Jaujilla, y en todos los lugares ocupados por los insurgentes, la accion de los Llanos fué celebrada con entusiasmo y grandes regocijos.

Mina, dispuso que los prisioneros realistas fueron puestos en completa libertad y se les facilitaran recursos y bagajes para que se marcharan á donde mejor les acomodase, caso de que no quisieron unirse á sus fuerzas, en las que habian de servir con lealtad sopena de ser fusilados á los primeros indicios de traicion. Sólo un escaso número admitió la libertad; el resto de los prisioneros pidió permanecer al mando de tan extraordinario caudillo.

Si habian de proseguirse con algun fruto las operaciones, necesario era disponer de recursos suficientes, y no habiéndolos en el campo insurgente, indispensable fué que Mina se los proporcionase recurriendo para ello á un expediente que constituyó el único borron que mancha su justa y sin esto limpia fama.

Noticioso de que en la hacienda del Jaral, el marqués del mismo título guardaba una gran cantidad de numerario, determinó asaltarla como lo hizo el 7 de Julio, aunque sin hallar resistencia, porque el Sr. de Moncada, al saber la proximidad de Mina, salió con trescientos de sus servidores para la hacienda del Bizcocho.

Uno de los criados del marqués descubrió al jefe insurgente el lugar en que habia sido enterrado el dinero, y de una pieza inmediata á la cocina se extrajeron ciento cuarenta mil pesos, que, colocados en carros, fueron confiados á una escolta que los condujese al fuerte del Sombrero.

La tal escolta era tan de fiar, que en el camino se robó treinta y tres mil pesos, cuyo paradero fué imposible descubrir.

Tal era la moralidad de aquellos malos insurgentes.

Esta depredacion de Mina es como dejo dicho la mancha que oscurece la limpiéza de su conducta, pues por mas que en aquellos años fuese cosa ordinaria y comun el despojar á los ricos para fomentar la revolucion, Mina era hombre de muy distinta clase y en todas sus proclamas habia ofrecido respetar la propiedad ajena.

Al llegar al fuerte del Sombrero el insurgente español, encontró al Padre Torres y al Doctor San Martin y al Licenciado Cumplido, que llenaron

á nombre de la Junta de Jaujilla el encargo de felicitarle por su llegada y de ponerse de acuerdo con él sobre el plan de operaciones que sería conveniente seguir.

El Padre Torres convino en ceder el mando en jefe á Mina; pero obligado tan sólo por la opinion de Cumplido y San Martin y no porque comprendiese la conveniencia de hacerlo así. Este Padre Torres, hombre díscolo é indomable por carácter, fué desde entónces una de las rémoras que encontró Mina para el buen éxito de sus planes, y jamas dejó de verle con mal disimulada envidia.

La rápida sucesion de los triunfos de Mina alarmó como era natural al virey Apodaca, quien dió el encargo de exterminarlo al mariscal de campo D. Pascual de Liñan, poniendo á su disposicion cuantas tropas operaban al mando de distintos jefes en las provincias vecinas al teatro de las operaciones de Mina, al cual declaró en su proclama de 12 de Julio, "sacrilego, malvado, enemigo de la religion y traidor á su rey y á su patria."

Ofreció, además, quinientos pesos y el indulto á quien le presentase la cebeza del nuevo y temible insurgente que habia venido á alterar la tranquilidad de un país que estaba tocando al término de su entera pacificacion.

Entre las instrucciones que se comunicaron á Liñan, estaba una que por sí sólo hace el elogio

del jóven navarro, y que decia: "procurase desvanecer los terrores que en las tropas y en los pueblos habia inspirado Mina y su gavilla de extranjeros, á pesar de la cortedad de su número."

Este terror era tan grande, que al pasar Liñan revista á los ciento diez hombres que mandaba don Ildefonso de la Torre, que dependia de la division de Orrantia, los halló tan aterrorizados, que por su informe al virey, hizo juzgar en México y ante un consejo de guerra, á don Ildefonso por haber demostrado cobardía.

VIII

La carta de don Carlos Gayangos á su primo don Pascual, reproducida en uno de los anteriores capítulos, hizo que éste esperase con cierta relativa calma su llegada.

Pero léjos de estar tan próxima, como la susodicha carta prometia, la vuelta de don Carlos á México se fué propagando de tal modo, que el infeliz marido de la hermosa doña Manuela llegó á perder la paciencia.

Por más que la desaparicion de su mujer debiera haberle devuelto la tranquilidad, y así se creyó durante los primeros meses de salvada aquella espantosa crisis, durante la cual estuvo casi loco, segun dejó escrito, conforme el tiempo fué pasando, don Pascual volvió á empeorarse y sus amigos y criados comenzaron á darle por perdido.

Sin ser un loco tenia manías de tal, ocurríansele estrambóticas ideas y en tal cual ocasion, alguno de sus sirvientes salió mal parado de sus manos.

Referiré una de sus estrambóticas ocurrencias y uno de sus atropellos á sus criados:

Una vez vaciada la gran paila, denominada "la Elefanta," y convertido en jabon su pestilente contenido, don Pascual mandó cerrar la puerta y asegurarla con fuertes candados.

En algunos meses no volvió á ocuparse de "la Elefanta;" pero aquellos pasados, dió en decir que trataban de robarle el jabon depositado en ella, y en reñir bárbaramente á cuantos operarios se detenian por casualidad frente á la sellada puerta.

Persistiendo en esta idea, dispuso un dia que los grandes panes del jabon de "la Elefanta" fuesen trasladados á una habitacion inmediata á su recámara, operacion que por sí mismo vigiló, siempre con la idea de que alguno de los panes le fuese robado.

Mucho dió que decir á los operarios aquella estrambótica determinacion y no faltó uno, que por maldad ó por lo que se quiera que fuese, cayera en la tentacion de robar uno de los citados panes.

Quiso su desgracia que cuando con él salia de la

pieza en que todos estaban guardados, acertase á descubrirle don Pascual.

Lanzóse sobre el ladrón y hubiérale matado, si al ruido de la disputa no hubiese acudido el resto de la servidumbre.

Separados amo y criado, aquel tomó el voluminoso pan de jabon y al guardarle de nuevo, le decia á gritos como si hubiera hablado con un sér racional y capaz de oírle:

—¡ Quieto, quieto ahí, maldito: aún no ha sonado la hora de que puedas vengarte de mí!

Los que esto oyeron decir á don Pascual, juraron á piés juntillas que sólo un loco podia decir tales necedades á un pan de jabon.

De todo ello fué avisado don Carlos, que se apresuró á escribir á su primo la siguiente carta:

"Mi muy querido Pascual: Cuantos á tí y á mí nos quieren bien, me aseguran en sus cartas que mi tardanza en regresar á México segun tus deseos, ha exaltado de tal modo tu carácter, que eres injusto aun con aquellos que mejor te quieren y más tierna solicitud te demuestran.

Esto me hace suponer que tambien contra mí has de estar irritado, y me confirma en tal idea el hecho de haberme escaseado tus cartas, á tal grado, que ya ni recuerdo la fecha de la última que me escribiste.

Eres muy injusto conmigo.

Si no estoy ya al lado tuyo, es porque me ha sido materialmente imposible. Cerrado casi el trato de venta de mis propiedades en este rumbo, la alarma producida por la expedición de Mina, retrajo al comprador y desbarató todos mis proyectos.

Hubiéramo dado todo al diablo sin la circunstancia que paso á referirte:

Hará un mes, uno de los criados de mi rancho del Alamo, se me presentó con unas piedras extraídas de la pared de un pozo que fué necesario limpiar.

Esa piedra era un trozo mineral tan sumamente rico en plata que, francamente, me entusiasmé.

Procedí á un formal reconocimiento y mis ilusiones tomaron la apariencia de una realidad, maravillosamente seductora: una espléndida veta atravesaba el pozo; ¡cómo no la notó el que abrió dicho pozo?

No lo sé, ni en último resultado me importaba saberlo.

Estaba en posesion de una riqueza inagotable y esto hizo que no me ocupase más de lo que no habia sido en mi año.

Enmedio de mi disculpable sueño de prosperidad, ocurrió lo que ya sabrias por las gacetas.

Mina aplastó á Ordoñez, comandante general de esta provincia, cuya capital temimos todos que

cayese en poder de los insurgentes, repitiéndose las horribles y bárbaras escenas del asalto de Granaditas, por las hordas indisciplinadas del cura Hidalgo, que en paz descansen.

Por fortuna no fué así por entonces.

Despues del despojo de la hacienda del Jaral, que el marqués estima en más de trescientos mil pesos, Mina pretendió apoderarse de la ciudad de Leon, durante la noche del 27 de Julio; pero fué rechazado por el vecindario y los realistas, con pérdida de más de cien hombres de los quinientos que mandaba.

Vuelto al fuerte del Sombrero, que pertenece á la intendencia de Guanajuato y dista de aquí diez y ocho leguas, el mariscal Liñan le puso sitio á partir del 31 de Julio, y los ataques comenzaron derrotando ó rechazando Mina en casi todos ellos á los realistas.

Pero en el fuerte comenzaron á escasear los víveres y el agua faltó completamente, llegando á ser tan deplorable su situacion, que Mina resolvió romper á viva fuerza el cerco, ó ir en busca del Padre Torres, que por envidia y mala voluntad no intentaba siquiera abastecer el fuerte.

El coronel Young quedó en su lugar asociado al valiente Don Pedro Moreno, pero una bala de cañon le llevó de los hombros la cabeza.

Poco despues los sitiados resolvieron salir del